

ARGENTINA Y EL BICENTENARIO

Ing. Mauricio Macri (*)

Este año los argentinos celebramos el Bicentenario de nuestra patria y es importante que lo veamos como una nueva oportunidad para construir un futuro próspero para todos. Es una fecha que nos obliga a detenemos y reflexionar sobre nuestra historia, sobre lo que fuimos y lo que queremos ser. Un momento que nos hace pensar en los valores que queremos representar como sociedad. Se trata, ni más ni menos, que de decidir la puerta por la que vamos a entrar al futuro de nuestro país. Y es fundamental que entendamos que, si queremos elegir la puerta adecuada, debemos estar más unidos que nunca.

La Argentina supo ser sinónimo de oportunidades y de ascenso social. Hace cien años, éramos la novena potencia mundial, el país más importante de América Latina y un faro de la cultura, la educación, el diseño y la creatividad. Hoy, cien años después, tenemos más de 900.000 chicos de entre 13 y 19 años que no estudian ni trabajan, lo cual no es sólo un síntoma de las pocas oportunidades del presente, sino también un sombrío presagio sobre nuestro futuro. Por eso, porque los ciudadanos queremos volver a ver a la Argentina radiante, de pie y en movimiento, es fundamental que repensemos estratégicamente las políticas de Estado que son indispensables para el desarrollo de nuestro país y para darle a su gente la calidad de vida que espera y merece.

Siempre creí que el nuestro es un gran país y que está en nuestras manos aprovechar ese enorme potencial de nuestros recursos naturales y de nuestra gente, transformarlo en ventaja competitiva y traducirlo en mejor calidad de vida para todos los ciudadanos. Si la realidad actual dista del potencial de entonces, si el nivel de vida de nuestra gente es menor a sus capacidades, si tenemos una vergonzosa brecha social, es porque nuestras viejas dirigencias abrieron consistentemente las puertas equivocadas; porque se concentraron en las pequeñas luchas facciosas en vez de pensar en el país grande que es posible.

(*) Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

El sueño de una Nación grande y para todos es posible. Un país próspero, seguro, integrado y que nos contenga a todos. Una Nación en la que cada uno pueda generar su propio proyecto de vida con libertad y tranquilidad. Un país insertado inteligentemente en un mundo cada vez más complejo, donde la inversión movilice la actividad económica y genere puestos de trabajo. Donde la educación capacite a los jóvenes para que desarrollen al máximo sus posibilidades y puedan ingresar al mercado laboral, y donde el esfuerzo de cada ciudadano sea recompensado. Una Argentina atenta a lo que pasa en gran parte de los países de nuestra región y del mundo, que van logrando una democracia sólida con instituciones que funcionan.

Todos somos parte de ese desafío. Dirigentes políticos, organizaciones de la sociedad civil, empresarios, líderes sociales. Juntos debemos trabajar incansablemente y dejar las confrontaciones de lado para reconstruir aquel país que supimos ser alguna vez. Si sumamos nuestros esfuerzos y trabajamos todos orientados hacia la misma dirección, en cien años más nuestra generación será recordada como la que superó los enfrentamientos inútiles y se puso a trabajar unida, no sólo para reconstruir aquella Argentina de principios del siglo veinte, sino para redoblar la apuesta y erigir un país aún mejor.

El mundo nos abre una puerta grande para hacer realidad ese sueño, si en lugar de verlo como una amenaza lo vemos como una oportunidad. No podemos darnos el lujo de aislarnos e ignorar las posibilidades que abre la inserción internacional. Desconocer el potencial que genera la apertura del comercio y la cooperación internacional es desperdiciar años de crecimiento y desarrollo y es impedir que mejore la calidad de vida de la gente.

El campo es un pilar fundamental en este proceso, por la riqueza que genera y porque es un símbolo del esfuerzo y de los valores de los argentinos. La Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) identificó tres países que están en condiciones de contribuir a satisfacer el inexorable crecimiento de la demanda mundial de alimentos: India, Brasil y Argentina. El mundo nos pide cada vez más alimentos, pero también los productos y servicios de nuestras industrias creativas, del turismo, del arte, de la cultura. De la mano del desarrollo de los alimentos, podemos reindustrializar la Argentina, aprovechando todo nuestro potencial insertándonos con inteligencia en ese contexto mundial. En pocas palabras, si aprovechamos esas oportunidades que nos ofrece la coyuntura internacional podemos construir ese país grande y para todos.

Para encaminarnos hacia allí, antes que nada, debemos creer que eso es posible. Debemos superar las trabas que nos impiden aprovechar la oportunidad histórica que tenemos como país. Debemos dejar de lado la estructura mental del atraso e incorporar la mentalidad del futuro, enfrentarnos a la vida con confianza en nuestras capacidades y trabar alianzas con otros para ser más, para construir mejor, para proyectar. Debemos reflexionar sobre nuestra historia, sobre nuestra actualidad y sobre nuestras

posibilidades futuras para hacer los cambios necesarios para encarar un verdadero desarrollo sostenible.

Para lograrlo, es necesario avanzar en tres grandes líneas de acción: debemos potenciar nuestra economía, debemos hacer un enorme esfuerzo de inclusión y debemos fortalecer nuestras instituciones. Esta es la misión de una nueva generación de argentinos que aprendió de nuestra historia que sin democracia y sin instituciones no es posible lograr un desarrollo económico integrado y sostenible.

En primer lugar, es imprescindible generar un marco macroeconómico lógico, con políticas estables y reglas claras, en el que para crecer haya que invertir y trabajar. Un contexto de respeto a la ley y de variables estables, donde cada actor pueda prever las condiciones si decide invertir o emprender en el país, donde cada persona y cada familia puedan ahorrar para encarar sus emprendimientos y desarrollarlos. Un marco en el que los argentinos podamos desarrollar nuestro potencial productivo y nuestra creatividad. Un país en el que los que hacen puedan hacer.

Además, es clave fomentar la producción y la generación de empleo en todo el territorio con un gran programa federal de infraestructura. Necesitamos reconstruir un Estado fuerte y con capacidad de gestión, que promueva el desarrollo con infraestructura de transporte, de energía, de comunicaciones, para tener un país geográficamente equilibrado y en crecimiento y para motorizar otras industrias clave como la minería, el turismo, la automotriz, la fabricación de maquinaria agrícola y la petroquímica, siempre con claras reglamentaciones ambientales que permitan su sostenibilidad.

Necesitamos un Estado con instituciones sólidas, de calidad y que sean respetadas por todos, para que más allá de las personas y los gobiernos, se puedan impulsar políticas de largo plazo.

Hoy, en Argentina se crean pocas empresas, las Pymes no crecen y las grandes son cada vez más frecuentemente adquiridas por empresas extranjeras. Cuando el Estado cumpla con su rol de facilitador y promotor de las condiciones necesarias para el crecimiento, nacerán más emprendimientos, las PyMEs pasarán a ser grandes, y las mayores empresas del país saldrán a competir y a invertir en el mundo, generando más y mejores empleos para todos.

En segundo lugar, es imperioso que empecemos un serio camino de fortalecimiento de nuestras instituciones republicanas, porque sin instituciones es imposible generar políticas de Estado y sin ellas no hay previsibilidad ni desarrollo sostenible. Necesitamos un Estado con instituciones sólidas, de calidad y que sean respetadas por todos, para que más allá de las personas y los gobiernos, se puedan impulsar políticas de largo plazo. Políticas que generen un marco que nos permita atraer las inversiones necesarias para transformar nuestra infraestructura, que es fundamental

para integrarnos no sólo hacia afuera sino también hacia adentro. Debemos entender que sólo así, sólo si estamos dispuestos a dialogar, a negociar y a construir sobre lo construido, es posible resolver los problemas de la gente.

Dentro de las instituciones, es fundamental establecer una política exterior que defienda los intereses nacionales y que esté orientada al diálogo, y no a la confrontación y a los planteos ideológicos.

Finalmente, pero no menos importante, debemos asegurar la inclusión social, sobre todo invirtiendo en educación y salud para que todos tengan las mismas oportunidades. En este sentido, la educación es simplemente crucial: para permitir el crecimiento de la economía, para que cada chico se desarrolle plenamente, para formar ciudadanos; la educación es determinante en las oportunidades de desarrollo de las personas y del país y debe ser un eje central de cualquier gobierno.

Necesitamos un sistema educativo que dé oportunidades para todos y que promueva ideas e innovación. Los empleos del futuro son empleos de conocimiento, de tecnología y de creatividad, y para estar a la altura de la circunstancias debemos consolidar un sistema educativo de excelencia. Porque sin educación no hay salud ni trabajo, y el trabajo es fundamental para terminar con la pobreza, la exclusión y la inseguridad. Los jóvenes son los protagonistas de la Argentina que se viene y de nosotros depende darles las herramientas para forjar su futuro y construir el país próspero que queremos ser.

Este sueño es posible si volvemos a creer y a confiar en nosotros mismos, si dejamos de lado las confrontaciones innecesarias, si comenzamos a hacer una política que sea tan pluralista como el país. En este sentido, es imprescindible apostar al debate de ideas, porque el consenso es el pilar fundamental de cualquier proyecto nacional sólido. Las políticas públicas deben estar basadas en el consenso social, en el diálogo político y en el conocimiento técnico. Ésta es una tarea de todos y tenemos que involucrarnos para lograr un país mejor. Si no cumplimos las reglas y no nos respetamos entre nosotros, nunca alcanzaremos el objetivo de vivir en paz y prosperidad.

Querer y creer en el cambio es el pilar fundamental de este proceso. Los argentinos superamos las circunstancias más terribles, y debemos reconocer esto y valorarlo para confiar en nuestras capacidades y superar las dificultades que tenemos hoy.

En la Argentina de hoy muchas balsas reman por separado, sin darnos cuenta de que la mejor forma de llegar a la orilla es que rememos juntos en un mismo barco. Debemos confiar en nosotros mismos y respetarnos entre nosotros, para construir entre todos un país mejor.

En este Bicentenario tenemos la oportunidad de refundar nuestro país y volver a forjar un proyecto sostenible. Si hace cien años fuimos capaces de construir un país

grande, hoy lo podemos volver a hacer. La Argentina puede volver a ser el país que atrajo a nuestros abuelos y no el que expulsó a nuestros hijos. El compromiso para lograrlo es de todos. Por eso invito a cada uno de los ciudadanos a asumir ese desafío y aportar al cambio que necesita la Argentina para volver a ocupar el lugar que merece.

La puerta está abierta. Tengo la esperanza y la firme convicción de que es posible atravesar la puerta del desarrollo, que podemos escribir una historia de la que todos los argentinos podamos sentirnos orgullosos. Éste es el país en el que quiero vivir y donde quiero que crezcan mis hijos y mis nietos. Una Argentina mejor es posible y está en nuestras manos cumplir ese sueño. Hagámoslo juntos.